

Concurso de Ensayo 2025

JUVENTUDES Y DEMOCRACIA EN TABASCO

Ensayo ganador del
3er. lugar



LA SOMBRA DEL PLAN CHONTALPA: EL RELEVÓ GENERACIONAL INCONCLUSO

Autor
Guillermo Olán Vidal

Jovenes

Introducción

La participación democrática de las juventudes en el estado de Tabasco se enfrenta a una paradoja fundamental en los contextos ejidales de la región de la Chontalpa. Por un lado, existe un discurso oficial que promueve el relevo generacional y la inclusión juvenil; por el otro, persisten estructuras de poder que sistemáticamente obstaculizan la integración efectiva de los jóvenes en la toma de decisiones. Este ensayo tiene como objetivo analizar esta contradicción a partir de una experiencia personal situada en el poblado C-28, donde el acceso a los mecanismos de participación democrática local se ve mediado por dinámicas de desinformación, clientelismo y concentración del conocimiento institucional.

El argumento central que se desarrolla sostiene que la aparente desconexión de las juventudes no constituye un fenómeno de apatía, sino una respuesta de desafección política frente a un sistema cuyos orígenes se remontan al espejismo tecnocrático del Plan Chontalpa. Dicho plan, concebido bajo una lógica de tabula rasa, implantó un modelo organizativo que, lejos de fomentarla autogestión, generó una brecha de capital institucional y consolidó prácticas clientelares que hoy continúan reproduciendo asimetrías de poder. A través del análisis de fuentes documentales y del registro de experiencias vividas en la comunidad, este trabajo busca demostrar que la exclusión actual de los jóvenes es, en gran medida, el resultado de un diseño institucional que nunca consideró su incorporación como actores políticos plenos.

Para ello, el ensayo se organiza en tres capítulos. El primero examina los antecedentes históricos del Plan Chontalpa y su legado en la estructura actual del ejido. El segundo analiza las barreras contemporáneas que enfrentan los jóvenes, enfocándose en la opacidad informativa y las redes de influencia que definen el acceso a la participación. El tercero expresa las consecuencias de estas dinámicas, particularmente la desafección política como respuesta racional y sus manifestaciones en la migración juvenil y el silencio comunitario. Finalmente, se concluye con una reflexión abierta sobre los caminos posibles para revertir esta exclusión y construir una democracia local que no solo nombre a las juventudes, sino que les ceda genuinamente la palabra.

La herencia incómoda: El Plan Chontalpa como "borrón y cuenta nueva"

La utopía del trópico: El espejismo tecnocrático

El Plan Chontalpa representó, en su origen, la materialización de una visión tecnocrática y modernizadora del Estado mexicano sobre el trópico húmedo. Como señala Fernando Tudela, este proyecto nació de un "espejismo tecnocrático": la convicción, sostenida por ingenieros y planificadores, de que era posible reorganizar el espacio y la sociedad a partir de modelos teóricos concebidos desde la centralidad del poder. Esta aproximación implicó operar bajo una lógica de "borrón y cuenta nueva" (*tabula rasa*), que ignoró sistemáticamente las formas de organización preexistentes, los saberes locales y la compleja relación que los habitantes de la Chontalpa habían establecido con su entorno. Los documentos fundacionales de la Comisión del Grijalva establecían como meta "mejorar las condiciones de vida de la población campesina" mediante la creación de ejidos colectivos, infraestructura hidráulica y nuevos centros de población. No obstante, esta ingeniería social, tal como advierte Tudela, se sustentaba en una "base científica endeble" y en la premisa problemática de que la técnica podía imponerse por encima de la realidad socio-ecológica local.

La reconfiguración forzada: Los nuevos poblados como materialización del diseño

La intervención más profunda y tangible del Plan Chontalpa fue la reconfiguración total del hábitat humano. El proyecto no solo buscaba cambiar qué se producía, sino dónde y cómo vivía la gente. Siguiendo el modelo de los nuevos centros de población, las comunidades preexistentes, caracterizadas por un patrón de dispersión adaptado al medio selvático, fueron desmanteladas. La población fue reagrupada en nuevos asentamientos, como el poblado C-28, diseñados bajo un trazo geométrico y uniforme desde las oficinas de la Comisión del Grijalva.

Este proceso de reubicación constituyó la máxima expresión de la lógica de "borrón y cuenta nueva". No se construyó sobre lo existente; se suplantó. Las "aldeas estratégicas", como señala Tudela, eran todas iguales, ordenadas en una trama regular que ignoraba las topografías menores y las relaciones sociales previas.

Para la construcción de las viviendas, se impusieron materiales ajenos a la región —como el tabique y la lámina de asbesto— en detrimento de la madera local, lo que resultó en viviendas inadecuadas para el clima húmedo. Este traslado forzoso no fue solo un cambio de domicilio; fue un proceso de desarraigamiento y aculturación que buscaba, en pocos meses, moldear una nueva comunidad acorde con el ideal modernizador, fracturando en el proceso los lazos vecinales y la memoria espacial acumulada.

El ocaso del colectivo: La semilla del clientelismo

La implementación del Plan, sin embargo, distó mucho de concretar el ideal colectivista que proclamaba. Investigaciones como la de Lorriaca ya documentaron el fracaso productivo y la progresiva "proletarización encubierta" del ejidatario. Fue en la práctica cotidiana donde el modelo evidenció su rápida degradación, dando paso a las dinámicas de poder que hoy persisten. Una anécdota transmitida oralmente en la comunidad ilustra esta transición de manera elocuente: durante los años de operación del sistema colectivo, se relata cómo un costal con dinero, destinado al pago de los miembros, fue extraviado y posteriormente hallado por un joven. Al reportar el hallazgo al encargado del taller de maquinaria agrícola, este optó por un reparto discrecional de los fondos entre un grupo reducido, en lugar de reintegrarlos a las arcas comunes. El acto, en sí mismo una clara violación a los principios colectivos, tuvo una consecuencia social aún más reveladora: se comenta que el joven que encontró el dinero, y que accedió al silencio, era pretendiente de la hija del encargado, y que este consentimiento tácito fue recompensado con el acuerdo matrimonial.

Este relato trasciende la anécdota para erigirse en una metáfora fundacional del clientelismo en la Chontalpa transformada. Demuestra cómo los recursos colectivos comenzaron a ser instrumentalizados no para el bien común, sino para sellar pactos de lealtad personal y alianzas familiares. El mensaje quedó grabado a fuego en el imaginario social: la fidelidad al grupo en el poder y la aquiescencia ante sus actos irregulares se pagaban con acceso a recursos e integración social. El "colectivismo" se vació así de contenido real para ser llenado con las prácticas de un capitalismo de compadrazgo, donde la distinción entre lo público y lo privado se difuminó por completo. Esta fue la semilla de la que brotaría el árbol del control que caracteriza a la estructura actual.

El archivo oral y el nacimiento de una estructura ajena

El caso del costal de dinero no constituye un hecho aislado, sino que representa la punta de un iceberg de un archivo oral comunitario que permanece ausente en los registros oficiales.

En el espacio de lo cotidiano —en las pláticas informales, las cocinas y los campos— circula un corpus de narrativas sobre corrupción, abuso de poder y nepotismo que, si bien no siempre es verificable con precisión documental, constituye la memoria colectiva sobre la cual se ha cimentado la percepción del poder local en la Chontalpa. Escuchar a los habitantes mayores equivale a acceder a la historia no escrita del Plan Chontalpa: la crónica de su descomposición ética y la explicación popular de cómo un proyecto de desarrollo se transformó en una maquinaria de control clientelar. Este ensayo se nutre de la existencia de estas voces, reconociendo en ellas la evidencia social de los fracasos que los documentos técnicos solo logran insinuar. Así, el Plan Chontalpa no solo legó una infraestructura física, sino una estructura de poder híbrida: formalmente colectiva, pero operando bajo reglas clientelares y discretionales, que es la herencia envenenada que recibe la juventud actual.

Los muros invisibles: Capital institucional y clientelismo en la comunidad actual

La barrera del desconocimiento: La asimetría de poder en lo cotidiano

La herencia institucional del Plan Chontalpa se manifiesta hoy como un entramado de opacidad que margina sistemáticamente a las nuevas generaciones. La teoría del capital institucional —el conocimiento práctico de las reglas formales e informales que rigen una institución— deja de ser abstracta al observar la dinámica cotidiana en el poblado C-28. Aquí, este capital no se distribuye equitativamente, sino que opera como un recurso estratégico que consolida asimetrías de poder y excluye a quienes no forman parte de las redes de influencia.

Un ejemplo flagrante de esta dinámica es la flexibilidad ilegítima en el uso de suelo. Mientras la normatividad ejidal establece con claridad los usos agrarios, ganaderos o habitacionales, en la práctica se observa una metamorfosis constante del paisaje. Es frecuente presenciar cómo cambios de uso de suelo —de ganadero a agrícola o, más problemáticamente, la urbanización de terrenos ejidales— son avalados tácitamente por la asamblea y el comisariado. La ausencia de consecuencias y la opacidad que rodea estos procesos solo permiten suponer la existencia de tratos privados que reemplazan al interés colectivo. Esto no constituye un vacío de información, sino la demostración palpable de que la información y la potestad para interpretar —o violar— las normas son un capital que solo unos cuantos poseen y administran en beneficio propio.

Este patrón de opacidad y discrecionalidad se repite en la gestión del espacio público. El caso de la pavimentación de una calle es una lección ilustrativa de clientelismo y desprecio hacia la participación ciudadana. Cuando un vecino, respaldado por su pertenencia a los grupos de poder, decidió obstruir y apropiarse de un tramo de vía pública bajo el pretexto de la seguridad, la protesta de los residentes más jóvenes fue recibida con desdén. El verdadero mecanismo de decisión no fue el debate abierto, sino una reunión aparte entre el delegado y las personas con capital institucional. El mensaje fue claro e inequívoco: el espacio común no es un bien de la comunidad, sino un recurso que se negocia entre élites. La democracia participativa, en ese momento, fue suplantada por un acto de autoridad discrecional que ratificó la exclusión de los disidentes.

La culminación de esta lógica de exclusión es el sabotaje al futuro colectivo. La historia de la universidad Benito Juárez, cuyo establecimiento en la comunidad fue vetado por unos pocos y aceptado con un silencio cómplice por la asamblea, no fue solo un rechazo a un edificio, sino un no al conocimiento, a la movilidad social y a las aspiraciones de toda una generación. Este episodio representa la desafección política institucionalizada: la internalización de que la participación es inútil cuando las decisiones que definen el porvenir común se toman en función de intereses que nunca se explicitan. Esta misma dinámica de poder perpetuado se encarna en figuras como la del líder cañero local, cuya gestión opaca —ejemplificada por un laboratorio de análisis eternamente inconcluso— sugiere que su autoridad no se sustenta en la eficiencia, sino en el control de un proceso del que los productores son meros proveedores de mano de obra, excluidos de una rendición de cuentas clara.

Finalmente, el símbolo material de este abandono institucional es el salón ejidal. El hecho de que se cobre un alquiler cuyo destino se desconoce, mientras la infraestructura se encuentra en un estado de palpable deterioro —careciendo incluso de servicios básicos en condiciones—, opera como la metáfora perfecta del sistema en su conjunto: se extraen recursos de la comunidad, pero no se reinvierte en ella. La pregunta "¿en qué se usa el dinero?" resuena como un eco en el espacio público, pero la respuesta permanece secuestrada en esos círculos herméticos de los que la mayoría de los jóvenes están excluidos. Así, el capital institucional no se reduce a saber cómo funciona el sistema, sino que abarca el control de sus flujos de dinero e información. Y el clientelismo es la herramienta que asegura que este control nunca sea desafiado con eficacia.

Los guardianes del sistema: El clientelismo como Mecanismo de Control Cotidiano

Si la opacidad del capital institucional constituye el muro que excluye, el clientelismo opera como el mecanismo que vigila la puerta, decidiendo quién puede acceder a los recursos y bajo qué condiciones de sumisión. Este no es un fenómeno abstracto o lejano, sino una práctica cotidiana y descarada que utiliza los recursos del Estado como moneda de cambio para comprar lealtades y silenciar disidencias. El caso del programa federal "Sembrando Vida" en la comunidad es un manual de instrucciones sobre la operación concreta de este sistema.

En este contexto, el programa no funcionó como una herramienta de desarrollo, sino como un instrumento de poder personal en manos del vecino designado como encargado. Su autoridad no radicaba en su capacidad de gestión, sino en su discrecionalidad absoluta para decidir "quién entraba y quién no". La lógica del bienestar social fue así reemplazada por la lógica del favor y el castigo. Esta exclusión arbitraria se ejemplifica en el caso de un solicitante —cuyo familiar ya estaba inscrito— a quien se le negó el acceso con el argumento de que "no podían estar dos de la misma familia", una regla que fue aplicada de manera selectiva e hipócrita, pues toda la familia del encargado —hijos, hijas y otros allegados— sí obtuvo el beneficio.

Este acto trasciende el simple nepotismo. Constituye la esencia del intercambio clientelar: el acceso a un derecho se convierte en un favor que se otorga a cambio de lealtad política y sumisión. La amenaza latente de "quitar el programa" ante cualquier disentimiento opera como el látigo que asegura el control. No obstante, el mecanismo deviene aún más perverso. La figura de los "presta nombres" —personas inscritas que cobran sin trabajar— revela cómo el clientelismo no solo distribuye favores, sino que saquea los recursos públicos. El encargado no solo compra lealtades, sino que se enriquece personalmente al crear una nómina fantasma, y luego extorsiona a esos mismos prestanombres, cobrándoles una parte por el "privilegio" de ser beneficiarios ficticios.

Esta lógica de explotación no se limita a un solo programa. El mismo encargado replica el modelo con iniciativas como "Jóvenes Construyendo el Futuro", donde los becarios son obligados a ceder una parte de su apoyo. Esto ya no es clientelismo en su forma tradicional; es una red de extorsión institucionalizada que se alimenta de la esperanza de los jóvenes y el sudor de los campesinos. El mensaje para la generación emergente es claro y aleccionador: para acceder a cualquier oportunidad, se debe estar dispuesto a ceder una parte de la dignidad y el derecho a un pago íntegro, consolidando así una posición de subordinación estructural.

Este caso demuestra con crudeza cómo una posición de gestión —una forma de capital institucional— se convierte en una máquina generadora de clientelismo. Quien controla el recurso, controla a las personas. Y este control perpetúa la desafección: ¿qué se puede depositar un joven en un sistema donde sus oportunidades de trabajo y desarrollo dependen de someterse a la arbitrariedad y la corrupción de un intermediario local? El Estado, en la práctica, queda secuestrado y convertido en el brazo financiero de estos pequeños feudalismos, donde la ciudadanía se reduce a la elección entre la sumisión o la exclusión total.

El silencio de mi generación: La desafección política como síntoma y respuesta

El distanciamiento racional: Cuando el “desinterés” es una evaluación lógica

Frente a la realidad descrita en los capítulos anteriores, la actitud de muchos jóvenes de la Chontalpa —frecuentemente tildada de “apatía” o “desinterés”— no constituye un capricho generacional, sino el resultado de una evaluación fría y lógica de los costos y beneficios de la participación. La desafección política que ellos encarnan es la conclusión a la que se llega tras sopesar la evidencia disponible: un sistema donde la información es un arma, los recursos se intercambian por sumisión y las decisiones cruciales se toman entre cuatro paredes, no merece la inversión del tiempo, la energía y, sobre todo, de la esperanza.

Este cálculo se realiza de manera cotidiana e informal. Al comentar la posibilidad de asistir a una asamblea ejidal, la respuesta típica no es un “no” rotundo, sino un “¿para qué?” cargado de un escepticismo fundamentado en experiencias concretas. Frases como “¿para qué ir si ya está todo decidido de antemano?” o “¿para qué perder una tarde escuchando cómo justifican lo injustificable?” no reflejan desinterés, sino un rechazo consciente de quien comprende las reglas del juego y se niega a participar en una partida amañada. La huida de muchos hacia “otros intereses” —empleos en la ciudad, estudios fuera o proyectos puramente individuales— representa, en esencia, una estrategia de supervivencia psicosocial y económica. Es la búsqueda de espacios donde se percibe que el esfuerzo y el talento individual sí pueden tener una recompensa justa, a diferencia del sistema local donde el mérito resulta irrelevante frente al apellido o la lealtad incondicional al grupo de poder.

La migración y el silencio: Las dos caras de la desafección

Esta desafección adoptados formas principales, ambas igualmente dañinas para el futuro social y demográfico de la Chontalpa. La primera y más visible es la migración. Decenas de jóvenes con los que se compartió la infancia y la adolescencia ahora solo son visibles en fotografías de redes sociales, posando en ciudades lejanas donde encontraron empleo. Su partida no es solo una pérdida numérica; es una hemorragia de talento, energía y potencial que el sistema local fue incapaz de retener. Cada joven que se va es un voto de desconfianza materializado contra el futuro de la propia comunidad.

La segunda forma es más silenciosa pero igual de corrosiva: el mutismo en la asamblea. El caso de la universidad Benito Juárez es el ejemplo paradigmático. El "no" de unos pocos, y el silencio colectivo que lo siguió, no fue una aceptación, sino la rendición pública de una comunidad ante la evidencia de su propia impotencia. Ese silencio no era vacío; estaba cargado de la amarga resignación de quienes han internalizado que su voz no alterará el curso de los eventos. Este es el estadio final de la desafección: cuando el distanciamiento ya no necesita ser expresado con palabras, porque se ha convertido en la norma tácita y en la expectativa general de conducta.

La persistencia como resistencia: Un contraejemplo en construcción

En este panorama general de retirada y escepticismo, la insistencia por aprender, preguntar y documentar —como lo hace este ensayo— se convierte en algo más que un interés personal; es un acto de resistencia política. Mientras una mayoría de coetáneos elige la huida o el silencio —decisiones comprensibles dadas las circunstancias—, persistir en el intento de participación constituye un desafío pequeño pero significativo a la lógica del clientelismo y la opacidad.

Esta persistencia no nace de la ingenuidad. Se conoce de primera mano la desinformación abrumadora y se ha experimentado el desprecio en encuentros directos, como en el caso de la pavimentación. Se persevera, en cambio, desde la convicción de que el relevo generacional no debe limitarse a heredar el surco en la tierra, sino que debe incluir el derecho a labrar el futuro político de la comunidad. Esta lucha es la de quien se niega a aceptar que la democracia en Tabasco sea solo un recuerdo o una promesa incumplida. Es el intento de demostrar, mediante la acción reflexiva, que la generación actual no está perdida, sino que aguarda —a veces con impaciencia, a veces con profundo escepticismo— a que el sistema demuestre, con hechos y no con palabras, que existe un lugar legítimo para ella en la mesa de decisiones. Un lugar que no tenga que ser comprado con la dignidad.

Conclusiones

Hacia un relevo generacional ¿posible?

A lo largo de este ensayo, se ha intentado demostrar que la aparente desconexión de las juventudes de la Chontalpa no es un capricho generacional, sino el síntoma de un malestar estructural profundo. La herencia del Plan Chontalpa —un “hijo tonto” de la planeación tecnocrática— fue un sistema diseñado bajo una lógica de borrón y cuenta nueva que, con el tiempo, perfeccionó mecanismos de exclusión como la concentración del capital institucional y la práctica sistémica del clientelismo. El resultado, casi inevitable, ha sido la desafección política: un distanciamiento racional y crítico de un juego cuyas reglas parecen escritas para que la mayoría pierda.

La experiencia personal aquí descrita, desde la frustración en las asambleas hasta el testimonio del desvío de programas sociales, no es una anécdota aislada. Es la constatación de que los canales formales de la democracia local están secuestrados por intereses que operan en contra del bien común. Frente a esto, las opciones para mi generación se han reducido dramáticamente: la huida mediante la migración, el silencio resignado o la lucha agotadora de intentar participar desde los márgenes.

Es en este punto donde el análisis abstracto choca con la realidad más dolorosa. Resulta profundamente triste ser testigo de cómo amigos cercanos, con quienes se compartió vida y se forjaron sueños comunes, se ven forzados a partir en busca de un futuro que su propia tierra les niega. Cada despedida es un recordatorio lacerante del fracaso del sistema y un duelo por el potencial colectivo que se marcha con ellos. Esta tristeza no es solo personal; es el termómetro del costo humano de la exclusión política.

Al llegar a este punto, la pregunta obligada no es qué debemos hacer, sino cómo empezar a plantear las soluciones en un contexto tan erosionado. Este ensayo no cierra con un decálogo de propuestas, porque la búsqueda de alternativas está en curso y debe ser colectiva. En cambio, concluye con una serie de interrogantes que, se espera, puedan servir como punto de partida para un diálogo que la comunidad urge tener:

¿Cómo podemos enseñar a los jóvenes las reglas del ejido y de las asociaciones, para que todos entiendan cómo participar?

¿Qué podemos hacer para obligar a los líderes a ser transparentes? ¿Podemos, por ejemplo, pedir que muestren públicamente en qué gastan el dinero de los programas y las rentas?

¿Podemos los jóvenes crear nuestros propios espacios de reunión y propuesta, aunque no seamos parte de la directiva actual, para hablar de los problemas que nos importan?

La pregunta más difícil: ¿creemos que los que tienen el poder van a dejar que participemos de verdad, o tendremos que crear nuestras propias formas de organización para ser escuchados?

El "relevo generacional" del que tanto se habla está, hoy por hoy, inconcluso. No será posible completarlo simplemente esperando que los jóvenes se adapten a un sistema disfuncional. El verdadero relevo comenzará el día en que el sistema mismo demuestre, con hechos, que está dispuesto a adaptarse a las nuevas generaciones: a su demanda de transparencia, a su urgencia de oportunidades limpias y a su derecho inalienable a decidir el futuro de esta tierra que, con todas sus contradicciones, también es la nuestra. La democracia en Tabasco no se mide por los votos en una urna, sino por la esperanza en el corazón de sus jóvenes. Y hoy, esa esperanza pende de un hilo, aferrándose a la posibilidad de dejar de ser un síntoma para convertirse, al fin, en la solución.

El contenido del ensayo, su estilo, y las opiniones expresadas en él, son responsabilidad del autor y no necesariamente reflejan la opinión del INSTITUTO ELECTORAL Y DE PARTICIPACIÓN CIUDADANA DE TABASCO.

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta publicación, por cualquier medio o procedimiento, sin para ello contar con la autorización previa, expresa y por escrito de la autora y el INSTITUTO ELECTORAL Y DE PARTICIPACIÓN CIUDADANA DE TABASCO.

©Derechos Reservados conforme a la ley.